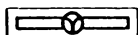


El alarido y el palo en la cultura asturiana

por

J. L. Pérez de Castro



UBLICADO EN LA «REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES»
TOMO XVII, 1961, CUADERNO 3.º



MADRID
C. BERMEJO, IMPRESOR
J. García Morato, 122.-Tel. 233-06-19

1 9 6 1

El alarido y el palo en la cultura asturiana

*Al eminente historiador uruguayo
Prof. Juan E. Pivel Devoto.*

ORÍGENES Y SIGNIFICADO

En gran número de culturas conservadas hasta nuestros días, casi primitivas, fue el alarido una de las manifestaciones más auténticas de su enérgico impulso vital en el adormecido mundo de seguridad en que se desarrollaban. De aquí que los pueblos donde se conservó, o en los que todavía pervive, sea en los de culturas campesinas o pastoriles. En España, en toda la región pirenaica, y en Sudamérica en la habitada por el gaucho: tipo tan similar al cántabro, que de él pudo escribirse que no es otro que nuestro aldeano del NW., de cuero curtido por el sol y los vientos, con una idiosincrasia muy similar también a la asturiana ¹.

La primera reacción de los habitantes de tales áreas ante cualquier ataque violento o simplemente incitador era, como «preámbulo a la acción» (MC), un «hurra», o prolongado grito de alerta, provocativo, retador, integrado por *ǎ*, *j* o *h* aspirada, seguidas de *i* o *u* que, debidamente acentuadas, rasgan el aire como una flecha con energía y rapidez tan bárbaras, que su eco rebota por las montañas, «bramando por el talud» (PU 55).

Es el *ǎǎǎǎuu...*! de la Asturias oriental, el *ǎǎǎǎǎ!* ovetense, el *ǎǎǎǎǎǎuu!* asturgalaico, el *ǎuhuhú!* serrano leonés ², el *ǎǎǎǎ!* del Alto Aragón o el *ǎǎuhuhiiu...*! o *ǎuhuhuhuu!* gaucho, pronunciado en aquellas áreas peninsulares a pleno pulmón, libremente, y por éste «dándose palmadas en la boca» (BA 441).

¹ EVA CANEL: *La garza porteña*, en «De América» (Madrid 1899), 2.ª serie, páginas 175 ss.; GENERAL TORRIJOS: *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*, t. I (Londres 1829), p. 130.

² EUGENIO NOEL: *España nervio a nervio* (Madrid 1924), p. 206.

Tales alaridos, que, por su pronunciación gutural, García Tuñón los creyó procedentes de lengua oriental, cuando son simples voces onomatopéyicas ³, reciben el nombre de *riflidu* y *riflar* en Caravia (LLA 228); *gritar* o simplemente *ixuxú*, en Oviedo; *escouzo* y *escouzar*, en Figueras; *escougido* y *escougar*, en el bable occidental de la montaña ⁴; *aturuxo*, *aturuto* y *aturuxar*, en Galicia; en Santander y aun en el oriente astur, *relincho* y *relinchar*; *sanso* e *irrintzi*, en la montaña vasca; *jijeo* y *relinchido*, en las sierras entre Castilla y Extremadura (UM); y *jujear* o *jigear*, en Salamanca.

La denominación de *relincho*, por su similitud eufónica con el grito del caballo, viene a manifestar que no se diferencian, ni fonética ni biológicamente, de los de la bestia herida en su carne por el cazador o en su sensibilidad instintiva ante el peligro o la presa. Hasta Manin de Pepa José consideraba el *ixuxú* una manera de relinchar de los mozos de la aldea (AL). De él escribió un poeta:

«Como rugido de león en celo,
un ixuxu repercutió en clamores» (VJ);

ya anotó un observador: «Ese alarido que atronaba los aires y que no es fácil de explicar, pero que parecía que empezaba con el bramido de un tigre, que seguía con el mugido de un toro y concluía con el toque de atención de un clarín de guerra. Yo no sé, recuerdo que los caballos erizaban las crines y relinchaban al sentirlo» ⁵.

Era necesario ese ejemplo, porque el grito de los pueblos subcivilizados no nace, como Valera Silvari afirma, de la sagrada reunión nocturna de los brigantinos —descendientes de los tribolitas— en el bosque, para cerrar su homenaje nocturno a la divinidad ⁶. Ni es herencia cultural egipcia, como pensó G. Tuñón, (cit; y BC 37, n. 1); ni de

³ E. GARCÍA TUÑÓN: *Ixuxú*, en «Memorias Asturianas», reunidas por PROTASIO G SOLÍS (Madrid 1890), p. 202; V. GARCÍA DE DIEGO: *Diccionario etimológico español e hispánico* (Madrid, s. a.), refs. 3.308 y 3.618.

⁴ J. L. PÉREZ DE CASTRO: *Contribución al vocabulario del bable occidental*, en la RDTP, t. XI (1955), p. 131; B. ACEVEDO y M. FERNÁNDEZ: *Vocabulario del bable de occidente* (Madrid 1932), p. 96.

⁵ M. POLANCO: *Los indios charruías*, en «La Epoca» (Montevideo, 16 de septiembre de 1890).

⁶ Citado por BERNARDO ACEVEDO: *Los vaqueiros de alzada* (Oviedo 1915), p. 257.

los celtas, como se quiso ver en la Península ⁷; ni de los charrúas, como en el caso del gaucho interpretó Blanco Acevedo (BA 441).

Clarín, aun señalando su origen celta, atisbó a definirlo: como «expresión de histerismo de centauros» (AL); lo que, a nuestro juicio, se acerca más al verdadero origen del alarido; que no es herencia cultural, sino simplemente grito biológico. Una respuesta temperamental, principal y originariamente agresiva, de socorro, cuando el hombre —como el animal— busca la fuerza en la unión ⁸; y expansiva, cuando, no necesitando derrochar cotidianamente sus energías para subsistir, acumuladas éstas, las descarga en ese alarido de quimera (PM) que surge de la misma tierra (PU 55) y el hombre arranca de los calcaños, lanzándolo por la boca con ímpetu, como muy gráficamente expresó Cavada (CJ 207) en unos versos sin par. Por eso, el *ixuxú* ejerce, en quien lo pronuncia, una función catártica que lo deja «en una placidez sedativa, serena, inefable» (MC). De su origen eminentemente biológico —tal vez en la forma pudiera ser herencia cultural— dice una fábula de Santiago del Estero (Argentina), por la cual, embriagado el zorro al final de una fiesta, le advierten que no grite, porque lo comerán los perros. Y, no obstante ir en ello su propia vida, el animal, movido por impulso superior, grita.

Mientras fue enérgica exclamación agresiva de los cántabros y los astures en las luchas contra el invasor, se traducía inmediatamente en el manejo desordenado de la lanza, que en la paremiografía caracteriza al asturiano: «...vino puro ⁹y lanza en mano». Instrumento que ya en 1517 se había sustituido por el palo largo, récio, pesado, de avellano, de roble (PA 1106), de acebuche o de cádava (CA 194); «arma terrible en sus robustas manos» (VA 90), indomables, con la que siempre van armados los campesinos y manejan, como una paja, con maestría ⁹. Ya lo confirma el cantar:

«Si quieren saber, señores,
el porte del asturiano,
buen ca'zón, buena montera
y un palo pinto en la mano.»

⁷ B. ACEVEDO: *Los caqueiros...*, cit.; Id.: *Boal y su concejo* (Oviedo 1898), p. 63; L. ALAS, CLARÍN en AL. Cree aun hoy esto mismo (MC).

⁸ Véase H. SPENCER: *La Justicia*. Trad. por ADOLFO POSADA, 4.^a ed. (Madrid, a.), II

⁹ LAURENT VITAL: *Relación del primer viaje de Carlos V a España*, c. 33. Trans-

De este modo, la lucha era más personal, más cuerpo a cuerpo, más de hombre a hombre, hasta, obedeciendo al impulso animal, de hacer desaparecer uno de los dos rivales. Lo mismo que el gallo ha de mostrar su cresta de único adalid en la pelea, así debe mostrarla el asturiano en la quintana. Tiene tal origen común, impulsivo o biológico, la lucha abierta por el *ixuxú*, con la del gallo, que siempre que se quiso expresar toda la raigambre del hombre que lanza el reto, palo en mano, se le ha comparado con aquél (cf. CJ 207; CE 195; CA 270, y PM).

SOCIOCENTRISMO ÉPICO

Los orígenes religiosos, que Valera Silvari atribuye al alarido, no son, pues, la causa, sino el efecto; la manifestación externa, que en Asturias supervivió en «la paliza», mezcla de religiosidad y de guerra (UM), pues tenía su arranque al final de la danza prima, que, como en los brigantinos, fue invocación nocturna a la divinidad (CA 159) y luego sirvió para poner en claro la superioridad de los pueblos o concejos vecinos.

De aquí que no fuese lucha personal, de individuo a individuo, sino auténtica expresión épica, colectiva, que surgía en Asturias, como en Irlanda, cuando había feria o mercado ¹⁰, en las *sidradas*, si se salía a pedir el aguinaldo (CA 153 y 154), y, singularmente, al final de la romería, que «no era de rango si no había palos» (CE 194). En fin, «dondequiera que se reunían cuatro mozos de sangre tumultuosa» (CA 154).

Para ello bastaba que los rapaces de una parroquia o quintana, los de un concejo con otro, o hasta los del romano occidente con los del gótico oriente —en decir del vizconde de Campo (BC 38, núm. 1)—, quisiesen sobresalir sobre los otros, para que éstos se reuniesen, se soliviasen los ánimos y surgiesen los primeros brotes que anunciaban la *paliza*, que daba esplendor a la romería a la caída de la tarde. Cuando ya

Cayó del sol el luminar ardiente
tras la quebrada gigantesca cima (VJ).

cripción del «Ideal» (Oviedo 1958), p. 7; A. H.: *Una ojeada sobre Asturias* (Madrid 1956), p. 52; ANÓNIMO: *Un viaje por la Asturias de hace un siglo*, en el «Bol. del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1954), núm. 21, p. 60.

¹⁰ PAT MULLER: *Hombres de Arán*, s. l., s. a., VIII.

Excitados los ánimos a los fulgores de la hoguera y templados en el ritmo ancestral, triste y cadencioso, de la danza, que se bailaba «unidos hombres y mujeres por las manos y con los palos levantados en alto»¹¹, apoyándolo en el hombro y sosteniéndolo «con dos dedos de la mano izquierda, libres los otros para enlazarse en la rueda y seguir danzando en ella con gran medida y seriedad» (JG 240), hasta que «las mujeres entonaban canciones de *pique*... indirectas, que enardecían los ánimos de los hombres» (LLF 225). Y de este modo:

«Hasta que un mozo, retador, tremante,
un grito audaz de desafío lanza» (VJ).

Era algún valiente como Toribión de Lorío («de las recias espaldas y la voz de bronce»: PA 1049) o Pericón el de Maruxa (al que «Xudes i dió les corades, fuerza Bernardo del Carpio» (CJ 206), que, tras un provocativo *jixuxú!*, gritaba: «¡¡¡Viva Gijón!!!», o «¡¡¡Viva Entralgo!!!» o «¡¡Viva Lorío!!!», según el Concejo a que perteneciese, y salía de la rueda terciando la chaqueta a modo de escudo, la montera para un lado, el garrote por lo alto, y la fanfarria a flor de labio:

«¡Arrepáresme bien! ¿Mires quién soy?
Soy Pachín de Melás, y non de Mélas,
qu'oyéndome gufar enfurecíu,
cinco veces fuxó de min la güestia» (PM).

Al que replicase «¡¡¡Viva Oviedo!!!», o «¡¡¡Viva Villoria!!!», o «¡¡¡Viva el Condado!!!», o un simple «¡¡Muera!!» (PA 1049 y 1106), ése

«Ha de pagai el portazgu;
y d'un torollu si non
vien a besai los zapatos» (CJ 207).

En tiempo de Caveda bastaba el simple grito para estremecer de terror la romería y que encontrase eco en tipos como Xuan de la Rabera, el hijo del tío Pacho de la Braña, Tanasio de Entralgo (y tantos más tomados de la realidad por las musas de Palacio Valdés), quie-

¹¹ A. PIDAL: *El campo en Asturias*, en «Discursos y artículos literarios» (Madrid 1887), p. 430.

nes, sin otros preámbulos, se lanzaban estaca en mano sobre el contrario. Pero, ya a finales del siglo, la pelea no era tan inmediata, e iba precedida de desafío, como recuerda el cantar:

«Mira que soy de Langreo,
mira que soy langreano,
mira que te voy a dar
con lo que traigo en la mano»¹²;

o como dice la variante: «con un palo de avellano». En tanto los vivos y los mueros se iban sucediendo, los mozos entonaban:

«¡Válgame el señor San Pedro!
El que quiera llevar palos
salga del corro ligero;
traigo un palo de avellano,
mientras que dure no hay miedo.»

Y las mujeres, contestaban:

«¡Trae un palo de avellano,
mientras que dure no hay miedo!»

Y ellos:

«¡Válgame el señor San Pedro!
Contra el palo de avellano
pongo yo el mio de acebo.»

Y ellas de nuevo a la réplica:

«¡Contra el palo de avellano
ponen el suyo de acebo!

Y en medio de fuertes *ijujús*, empujaban sobre los costados, descomponiendo la danza hacia el lado más flojo» (LLF 256), y se convertía en «campo de Agramante».

El desafiado daba dos pasos hacia el retador con el palancón terciado y, mirándolo de arriba abajo, lanzaba otro varonil *jixuxú!* de

¹² JOSÉ CASTAÑO: *Soy de Langreo*, disco por el Coro Santiaguín, «Columbia», m. s., EGGE 70.119.

desafío, con lo cual tenía comienzo la más feroz batalla campal, desarrollada con la misma táctica heterodoxa y guerrera del charrúa y del gaúcho, que no es más que el sistema individual, en cada uno, de las «alarmas» con que Asturias derrotó a Napoleón¹³. Al ruido de un griterío infernal se blandía vigorosamente el arma contra el cuerpo del enemigo, sin ira ni sevicia¹⁴ —que no la conoció el asturiano—, pero sí hasta dejar descalabrado al que no se rendía.

Los del pueblo en cuestión que se tildaban de hombres, se sumaban a la pelea, ayudando a los suyos, porque el «orgullo de pueblo no consiente jamás la cobardía y jamás saca navaja»¹⁵. Peleaban «confiados en que a nadie se le ocurriría emplear otra arma que el palo» (LLF 256). Y ¡ay de aquellos que huían o no se portasen con entereza y bizarría, porque serían la burla de toda la aldea, que los mandaría a coger la rueca (CJ) o a asar las castañas (PA 1071) con el máximo desprecio y en delicado calificativo de mujer.

La gente se arremolinaba, los niños se refugiaban en la falda de las mujeres, que se alejaban gritando, y en la huida volcaban las cestas con fruta, las mesas de los confites; crecía el desorden, y todo lo de la romería rodaba campo abajo, como magistralmente cantó Caveda. Despejada la cancha de los gladiadores entre una nube de polvo, gritos de coraje, quejidos, lamentos, amenazas, blasfemias, la sangre que corría y el restallar de los verdascos que sonaba «con fragor en el silencio de la noche», se creaba una «infernal algarabía de muerte» (PA 1049), ante la que no se inmutaban los ánimos más apocados. ¡Oh aquellos nobles palistas de Nava y Oviedo, que eran los mejores! (CE 194).

Mientras duraba «la paliza», no se miraba por el herido de muerte, sino de vencer; y no daba más quien era más fuerte, sino más flexible para esquivar el golpe o tender la emboscada, como «el magnánimo Quino, fértil en astucias» (PA 1049), o como Nolo de la Braña,

¹³ E. ACEVEDO DÍAZ: *Etnología indígena. La raza charrúa a principios de este siglo*, en «La Epoca», de Montevideo, del 8 y 9 de agosto de 1891; M. WALLIS NICHOLS: *El Gaucho* (Buenos Aires 1953), p. 97; R. F. BURTON: *Letters from the Battlefield of Paraguay* (Londres 1870), p. 406; B. MITRE: *Historia de Belgrano* (Buenos Aires 1887), t. II, p. 516. Compárese sobre este interesante aspecto lo dicho del sistema de las «alarmas» por J. GARCÍA PRADO: *Historia del Alzamiento, guerra y revolución de Asturias* (Oviedo 1953).

¹⁴ B. PÉREZ VALDÉS: *La revolución de Asturias*, en «Asturias», codirigida por CANELLA Y BELLMUNT, t. II (Gijón 1897), p. 97, núm. 2.

¹⁵ C. CABAL: *Esta vez era un hombre de Laviana*, en BIDEA (1953), núm. 19, página 237.



Fig. 1.—El palo fue el símbolo más característico y más noble de la raza astur. (*Litografía 21, de la Calcografía Nacional de Madrid*).

Fig. 2.—El palo tenía un lenguaje muy expresivo en el amor. (*Dibujo de J. Cuevas*).

Fig. 3.—El espectáculo fragoroso y épico de *la paliza*, interpretado por el pintor Julio G. Mencía.

que era capaz él solo de liquidar hasta doce de los contrarios si preciso fuera, resistiendo a pie firme y sin pensar en huir (PA 1035 y 1049).

El tremolar de los palos llenaba el aire de crujidos, mientras los guerreros, con la camisa deshecha, sudorosos y baldados, lanzaban garrotazos a las piernas, a las costillas o a la cabeza del contrario, hasta segar lo como si fuese hierba o dejarlo bien trillado. Como le dieron a Nolo en la romería de Lorío o a su primo Jacinto en la de Rivota. Mientras quedasen dos rivales capaces de conquistar el campo de batalla, que temblaba bajo sus pies, no cesaba la pelea. Y tenía fin por alguna malaventura, como el palo que se quiebra o un helecho que se le enreda a uno en los pies y lo derriba por el suelo, como sucedió a Pericón el de Maruxa en el febril relato de Caveda o a Toribión en el de Palacio Valdés (CJ, y PA 1106 y 1107).

Mas no siempre terminaba de este modo «la paliza», porque al griterío infernal que se armaba solía acudir la Guardia civil, que desahacía en un instante el nublado, y vencidos y vencedores se dispersaban todavía apellidando guerra (BC 38). Porque la Guardia civil no sólo iba «de a pie y en pareja, sino de a caballo, dispuesta a la carga, la mano en el fusil, los ojos duros y la cara torva» (CE 194). De aquí nació aquel cantar en son de honrada protesta:

«Por cuatro palos que di,
xunto a la iglesia de Sama,
me llevaron prisionero
a la cárcel de Laviana»¹⁶.

Y tras la cárcel las declaraciones, la intervención de la curia y un proceso, que terminaba con multas, embargos... De este modo, quienes fueron a la romería con alegría y amor, lloraban por muchos años la sangre con que mancharan tan placentero solaz (BC 38).

Por ello, en cuanto los guardias asomaban, los palistas —¡qué nuevo y precioso y expresivo mote en ista! (UM)— huían, internándose en las fragosidades del monte, para buscarse de nuevo a la revuelta de un camino, aunque fuese en otro día, cuando los unos sabían que los otros pasarían por él al retornar de la siega, como los de Lorío a los de Entralgo (PA 1032, 1071 y 1072), hasta que la superioridad quedase demostrada; pues luego las aguas volvían a su cauce y no dejaban rencores.

¹⁶ CUARTETO VOCAL ASTURIANO: *Ronda Asturiana*, disco «Columbia», m. s. EGGE 70.147.

Pero «la paliza» era inevitable, pese a la Guardia civil; porque, cuando se quería a una rapaza, había que dar y tomar. No era hombre bien plantado, ni galán, el que no cantaba es las *esfueyes*, echaba *ijujús* en las romerías y no ponía el ramo a las mozas (PA 1038).

Unamuno quiso ver en este espectáculo, integrado en ocasiones por medio millar de personas ¹⁷, un «espejo de nuestra vida nacional». «Divididos los palistas españoles en avellanistas y acevedistas —o sea en antizedistas, que siguen a Z, y antiequisistas, que siguen a X—, se arrean cada paliza que tiembla el credo. Y de paso admiremos esta expresión —de una profundidad inconsciente— de temblar el credo... Temblaba el credo, armándose la de Dios es Cristo» (UM). Expresión de uso aún hoy en algunas áreas asturianas. Y, sin reconocer su origen biológico, Unamuno venía a parar en él cuando escribe: «Es tal la necesidad y la apetencia de estas quimeras a la voz de ¡Viva Piloña! y ¡Viva Colunga!, o de ¡Viva Bilbao! y ¡Viva San Sebastián!..., que las partidas de fútbol, que se decía que venían a redimirnos de la barbarie del público de las corridas de toros, reproducen las contiendas entre avellanistas y acevedistas. Y tiembla el credo deportivo, armándose la de Dios es Cristo» (UM).

LA RIVALIDAD POR EL AMOR

Más tarde, ese «sonoro silbo guerrero» colectivo, que en Asturias hasta dio título a un periódico, sirvió de desafío y para atemorizar a la rapaza que no condescendía en el baile:

«Mariñana, Mariñana,
Rosina del alma mía,
que, si non bailes conmigo,
desaigo la romería (o «hay palos na romería»)

Era un reto personal a los mozos por los caminos de la montaña cuando, envueltos en la oscuridad de la noche, iban o volvían, palo en

¹⁷ B. PÉREZ VALDÉS: *El romancero de Riego* (Oviedo 1820), p. 1.

mano, de rondar a la amada los sábados y los domingos, y en algunos concejos también los jueves (LLF 766).

«Esta noche voy de ronda,
Escuchai bien lo que digo:
—El que cante a la mio neña,
tien que véseles conmigo...».

Y por la tenebrosidad de la montaña y de la aldea se esparramaban,

«como en lluvia y como en coru,
ixuxus de los rapazos y cantares de les moces» ¹⁸.

Cuando el mozo iba de cortejo, a veces a más de dos leguas de distancia de su pueblo, entonaba durante el camino cantos de amores (UJ), de celos, de pasión, de rivalidad (LLF 166), en un espectáculo de puro tipismo, que Camín recogió, con gran acierto sobre los demás poetas (v. gr., VJ), en estos asturianísimos versos:

«...tonadas de los mozos en la calleja oscura
que marchan de cortejo cortando la neblina,
la cádava en la mano, terciada la boina,
dejando atrás atajos, y llanadas, y breñas,
entre un rumor de sombras y ruidos de almadreñas;
el diaño que se esconde como enemigo malo,
la bruja que aconseja y el mozo que alza el palo» ¹⁹.

Durante el camino gritaba de vez en cuando con toda la impetuosidad de su pecho:

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay!... ¡Ah! ¡Ijujú!

Y era difícil que no tuviese respuesta:

—¡Ay! ¡Ah! ¡Ijujú!
—¡Ah, tú!
—¿Qué qués? (LLA 229).

¹⁸ C. CABAL: *Ena lluz melanconiosa*, en «L'Alvgrá de los malvises (Los Madrigales del bab'e)» (Oviedo 1959), p. 28.

¹⁹ A. CAMÍN: *La tonada de la sidra*, en «La Danza Prima» (Madrid 1932), página 53.

Y los *ixuxús*, «que fatigaban los ecos de las montañas y que de cañada en cañada se repetían, como si quisieran despertar del sueño eterno al guerrero celta, al cántabro tenaz, al belicoso astur» ²⁰, se iban acercando un mozo al otro, atraídos por ese «reto de gallo a gallo, de espolón a espolón, de cresta a cresta» (CE 195).

Llenos de cólera atravesaban veloces el bosque, saltando matas, y si al encontrarse eran de distinto pueblo o, aunque fuesen conocidos y amigos, rondaban a la misma amada, cada cual «envuelve su chaqueta en el brazo izquierdo para que le sirva de escudo contra los palos, y, recogiendo en el pecho todo su valor, se lanzan a la pelea, y, saltando como lobos furiosos en las tinieblas o al claror de la luna, se disputaban no-blemente, con un palo, el cariño de una moza» (LLA 229). Así lo recuerda el cantar:

«Baxen los mozos
por verte a ti
y anden a palos
por el camín...»

Otras veces el diálogo era más directo. Un simple «¡Alto! ¿Quién va?», bastaba para entablar la pelea, como le sucedió a Bartolo el de Entralgo yendo a cortejar a Muñera. Tropezó cerca de Puente de Arco con Toribión de Lorío, que, tapándole el camino, le dio el «¡Alto! ¿Quién eres y adónde vas?».

—Soy el hijo de mi padre... y voy a donde me da la gana.

—Pues por aquí no pasa nadie que no se quite la montera y dé las buenas noches.

—Pues ahora va a pasar uno sin quitarse la montera.

—¿Quién va a ser?

—Mi persona...

Y, revolviendo el garrote, le hizo saltar de la mano al suyo, arriándole tres o cuatro verdascazos en el cogote (PA 1035).

Pero no era difícil que quienes contestasen al ¡alerta! retador fuese la Guardia civil, que se hacía con el valiente (CA 271) también en estos momentos.

Este tipo de asalto era frecuente dárselo al que cortejaba fuera del pueblo o de su quintana por los mozos del de la novia. Y el preten-

²⁰ O. BELLMUNT y F. CANELLA: *A nuestros colaboradores*, en «Asturias», t. I (Gijón 1897), p. 395.

diente, o victoreaba al pueblo de la moza y les pagaba el portazgo, o de lo contrario llovían sobre él un ciento de garrotazos.

Si entonces no era capaz de soportar solo la pelea y no acertaba a huir, de inmediato lo torgaban; tal como Toribión el de Lorío y los suyos hicieron con Jacinto de Villoria cuando iba camino de Fresnedo. Esto es, «le amarraron su propio palo por la espalda a los brazos con las correas de los zapatos. Una vez así crucificado, le soltaron el botón de los calzones, que cayeron a los pies, sirviéndole de grillos. Y riendo la gracia y dirigiéndole groseros sarcasmos, siguieron hacia Lorío, dejándole en medio del camino en tan triste y bochornosa disposición» (PA 1100).

Cuando el asaltado acertaba a escapar, libre o apaleado, el vencedor lanzaba con todas sus energías, para que la novia lo oyese, un: ¡ixuxú! victorioso, y cantaba con orgullo:

«Señor San Pedro,
no le pude dar más palos...
porque se marchó ligero» (LLA 229).

Y las mozas contribuían en buena parte a esta refriega, porque, «cuando el galán que corteja a una es hombre de pelo en pecho, ella se esponja, se ensancha y se deja arrullar como una paloma «por una reacción biológica, muy típica del amor».

En este sentido amoroso, *Clarín* manifestó la del ixuxú, cuando compara la lucha de los mozos de la aldea que lanzan el alarido con la de los perros que a mordiscos se disputan una hembra; con la diferencia de ser más noble la aventura perruna, que llega al amor consumado, aunque en repugnante poligamia, mientras que en los mozos el impulso vital llegaba a la navaja, porque no pasaba de «echar la presona» (galanteo redicho, conceptuoso, a lo galán de Moreto) con diez o doce en una sola noche, a la puerta de casa, a la luz de las estrellas, como Margarita la de *Fausto*, menos poéticas, pero más provistas de armas defensivas de la virginidad putativa, gracias a los buenos puños», y su desliz era, por grave, menos frecuente (AC 163 y 164).

¡Ijujú! Grito de triunfo que el «eco de las montañas repetía hasta los confines del valle» (PA 1051), y que «resonaba en las entrañas de las laderas y bajo las bóvedas de los bosques, mezclándose con el canto del grillo, la wagneriana exclamación estridente de la cigarra y el ladrido de los perros lejanos» (AC 163).

Con el ¡jujú!, el mozo anunciaba a la vez su llegada o decía el

último adiós aquella noche a la moza que le escuchaba desde la ventana o desde el corredor, hasta que el eco se pierde entre las ramas del espeso castaño (LLF 171).

Por el ímpetu del *ijujú* o por el tono del cantar, los vecinos sabían cuándo iba o venía fulano a cortejar, y hasta servía de aviso para ponerse a salvo y dejarle libre el sitio (CA 270) al que antes que él estaba con ella. Pues en aquellos cortejos poliándricos, el que estaba adentro no esperaba a que llegase otro mozo o el preferido para escapar «por la llosa abajo, dando sonoros *ijujús*, a repetir la misma escena en otra casa» (CB 24).

El palo tenía además un significado especial en el lenguaje del amor, tanto en Asturias como en Bretaña, y ya desde los tiempos de Estrabón (CA 273).

Cada palo estaba marcado con una señal o inicial de propiedad, algunas muy bien trabajadas, otras pintadas al fuego (PA 1032 y 1106), que delataba a su dueño y por la que él a su vez lo reconocía.

Cuando se solicitaban relaciones de una moza, los pastores le echaban sus palos al corredor, y ella, que conocía los de todos, iba seleccionando los de su predilección y arrojando afuera los demás, con lo cual, conforme cada uno iba identificando el suyo, se marchaba con la misma gaita para otra parte, y el que lograba favor, entraba luego a recogerlo a la cocina (CA 272).

Al entrar después a cortejar, el novio debía dejarlo a la puerta de la casa, y así, el pastor que llegaba con los mismos propósitos, seguía de largo (LLF 171); y hasta por el palo se sabía quién era el que estaba adentro (CA 269).

Si el padre de la novia no estaba conforme con el galán, le sacaba el palo de la puerta y se lo escondía, no faltando rondador que con toda picardía hiciese esconder el suyo a alguna amiga de la novia, pues con el pretexto de buscarlo, se descolgaba luego en la noche por el corredor a platicar con la moza (CA 271 y 272).

EL OCASO DE UNA CIVILIZACIÓN

Semejantes escenas encontraron un noble defensor en Jovellanos, cuando le escribía a Ponz que no por ellas debía tachar de bárbaros a sus paisanos, pues no eran más que el espectáculo de los pueblos no corrompidos por el lujo, e iban unidos «a la condición misma de nuestra humanidad». Porque el hombre, creía Jovellanos con Ferguson, ha na-

cido para morir y «hasta en su diversión halla su camino para el sepulcro...» (JG 241).

Pero, temerosas las autoridades del desbordamiento de este impulso vital, ya el 12 de enero de 1775, el regente de la Audiencia de Oviedo dictó una providencia para que «ninguna persona de cualquier estado, sexo o condición que asista a la romería, lleve palo o bargano u otra arma ofensiva, pena de cuatro ducados y quince días de cárcel por la primera vez; por la segunda, pena doblada, y por la tercera se dará cuenta a la sala para tomarle la providencia...» (LLF 254, n. 1).

La prevención de las autoridades no fue de gran efecto, y en 1784 la Real Comisión de los señores de la Audiencia de Asturias prohibieron todo género de palos con nudos, recatón y otros que exceda su grueso del de medio peso duro, y su largo baje del de vara y media, como el que aun con éstos se introduzcan en las danzas del país, y que éstas duren más tiempo que hasta las oraciones» (BC 19, n. 1). Y, dos años después, un real acuerdo insistía sobre lo mismo.

En virtud de la emigración, los asturianos paseaban por toda España la agresividad viril de su raza. Los que vivían en Madrid, que eran muchos, se reunían en la Pradera del Corregidor, cerca de la fuente de la Teja, para bailar la danza prima, y los vivos ya no eran por este o aquel concejo, sino por Asturias; a los que contestaban los de otras regiones. ¡Esto es regionalismo! (UM). Entonces repartían los asturianos tal número de palos entre aquellos mozos, que S. M. D. Carlos IV se vio obligado a firmar, el 23 de junio de 1803, un bando, que dos años después se incorpora a la *Noxísima Recopilación* (l. XVIII, tít. XIX, lib. III), prohibiendo «que en cualquier día o noche se junten en cuadrilla los asturianos u otras personas, con palos o sin ellos..., con motivo de tejer el baile de la *danza prima* ni otro alguno, ni susciten quimeras o cuestiones, formando bandos en defensa de sus concejos, ni sobre otro asunto; pena de que al que contraviniere, se le destinara irremisiblemente, por seis años, a uno de los presidios de Africa y se le tratara como perturbador de la tranquilidad pública» (BC 38, col. 2, n. 1; LLF 256, n. 1, y CA 154).

Ninguna de tales disposiciones tuvo el efecto deseado, por lo cual las Ordenanzas municipales de Oviedo, «para evitar todo motivo de disgusto que perturbe el sosiego y tranquilidad», tuvieron que prohibir de nuevo en 1814, «a toda persona que asista a la danza prima, usada en los días festivos y en las romerías, llevar palo u otra cualquiera arma ofensiva».

«Los que quieran aprovecharse de esta diversión —decían— depo-

sitarán sus palos en las casas inmediatas o en un sitio proporcionado delante de la rueda o del concurso de las gentes, baxo la pena de seis reales por cada vez que contraviniesen, además de quedar sujetos a la sumaria que se formara por la autoridad competente cuando el caso lo requiera» (LLF 255).

Tampoco estas medidas pudieron frenar el impulso de Asturias por España y por el mundo —pues los emigrantes a ultramar llevaban también consigo un palo de madera de su tierra—, y fue entonces cuando se hizo necesario apagar estas manifestaciones empleando la fuerza de la Guardia civil.

Ya antes de que esto sucediera, Jovellanos, que sabía que el palo era parte de la virilidad, de la hombría y del honor de una raza, y que gracias a cuanto significaba pudiera vencer en Covadonga, escribió con gran pesar: «Pobre país si esto sucediera». «Los hombres naturalmente tímidos y amantes de su conservación, gustan de llevar consigo alguna prevención, alguna defensa contra los insultos que les amenazan. Prohibido el uso de los palos, entrará, sin duda, el de las navajas y cuchillos, armas mortíferas que hacen a otros pueblos insidiosos y vengativos y enervan y extinguen el valor y la verdadera bizarria» (JG 241). El valor que, convirtiendo el sociocentrismo de concejo en problema nacional, hizo perder a Napoleón su gloria en nuestro Principado.

Y ¡qué gran sentencia la de Jovellanos! Pues ya en fin de siglo se dirimía la paliza «con enormes piedras lanzadas con fuerza y estrépito» (BC 37), y poco después, con los forasteros que, sin nobleza y sin valor, llegaban a Asturias para explotar la minería, venían las armas blancas a perdernos una Arcadia, como anoveló Palacio Valdés en igual tesis que Canals ²¹.

En los tiempos de Camín, que eran los de principios de siglo, sólo «El Roxü de Mareo», capaz de batirse él solo con media docena, conservaba el arma noble del palo. Los otros, como Juan y Antón de Colás, alternaban con el palo la navaja, cosiéndose entre sí a puñaladas. Pero «los navajeros no estaban bien vistos» en Asturias (CE 194), y, sin embargo, hasta el propio Camín, quintaesencia del asturiano, llegó a usarla con *el Rata*: «Di un salto sobre él y del primer estacazo

²¹ Sin ánimo de sojuzgar la originalidad y méritos de Palacio Valdés, señalaremos que la tesis de *La aldea perdida* (Madrid 1903), se encuentra ya en SALVADOR CANALS, *Asturias, información sobre su presente estado moral y material* (Madrid 1900), capítulo «Verde y Negro».

rodó por el suelo. Sentí un ¡ris, ras!, y vi que se levantaba navaja en mano. Tiré yo de la charrasca, que resonó como cuando se desgaja un árbol, y, palo en mano y navaja en mano, no sé cuántos palos le di ni cuántos navajazos le asesté. Sé que le daba con la punta y que no entraba bien en el hueso, ni le rasgaba la piel del todo al primer golpe, quizás porque me faltaba fuerza en la mano. No por la intención, que iba derecha a descuartizarlo» (CE 280).

La barbarie continuó penetrando en nuestra tierra, y ya en los tiempos de Llano, que eran los de 1922, las armas modernas arreglaban todos los asuntos (LLF 171). «Cedió el paso a la salvaje agresión, que cortan en un instante el vuelo de una vida plena de promesas e ilusiones, llena de luto un hogar y entrega carne al presidio. Iníciase ahora en las tenebrosidades del antro tabernario, engendradora por los vapores del alcohol..., y de escenario sirve la encrucijada, de espectador la soledad encubridora, de instrumento la navaja o la pistola cobardes, y son autores el miedo y la vileza, exaltados en ese asqueroso producto social llamado matonismo» ²².

Al desaparecer el palo de la cultura asturiana, hubo que exclamar con Jovellanos: «¡Pobre país!...». Porque entonces, lejos de comenzar la civilización, ¡oidlo bien!, yo os digo, con Palacio Valdés, que entonces, lejos de comenzar la civilización, ¡ha comenzado la barbarie!

AGONÍA DE UNA EXPRESIÓN RACIAL

En trance de ser abolida «la paliza», el alarido se convirtió, ya en 1849, de «antiguo grito de guerra... en exclamación de alegría y de contento» (VA 90, y BC 37) ²³, de triunfo.

Como expresión de alegría se lanza al final de las *sidradas*, o después de haber bebido bastante, en Asturias como en el valle Calchaquí de Salta y de Santa María (Catamarca, Tucumán, Argentina). Y como triunfo, éxito y fin, se aplicó a la torre principal del Centro Asturiano de La Habana, correspondiente a la intersección de las calles San Rafael y Zulueta, que se denomina *Ijujú*. Lo general es emplearlo como signo de satisfacción y contento, por lo que actualmente se lanza tras el can-

²² J. M. JOVE: *Topografía médica de Laviana* (Madrid, s. a.), p. 87.

²³ F. CANELLA: *Asturias*, en «Asturias», t. I, cit., p. 5; M. J. CANELLADA: *El bable de Cabranes* (Madrid 1944), p. 243.

tar, como es característico en el pueblo mejicano, que tanto lo populariza en sus películas cinematográficas.

Cuando el asturiano canta, expresa con sano optimismo todo cuanto es la vida, porque su canto nace de la comunión del hombre con la tierra, donde tiene muy hincadas las raíces de su espíritu. De aquí que ese canto sea todo él un alarido de jocosidad ²⁴, que alcanza su máxima tensión al final de la tonada con el ¡*ixuxú!*, en el que se condensan toda la reciedumbre y la esencia de la casta, y con el que cada cantador suple, en un espasmo de emotividad racial, todo lo que la letra no le dijo.

¡¡¡IXUXUUUU! ¡VIVA ASTURIES!!!

Pero cuando la emoción va impregnada de la tristeza melancólica de la despedida del emigrante, el asturiano, aunque quiera ahogarla en el orgullo de la raza, lo vence la ternura (de que está tan impregnada la obra de *Clarín*, o de Ochoa), y le sucede lo que a Manolín de Candiello cuando, desde la borda del barco que lo conduciría a América, quiso decir un ¡*ixuxú!*, «y no pudo. No pudo porque volvió a llorar» ²⁵.

El alarido, para el que lo oye en la lejanía física de la emigración, es como una lluvia finísima de *orbayu* que refresca el espíritu dolorido y crea uno de los vínculos más fuertes y arraigados de nuestro provincialismo. El vínculo que forjó la unidad que caracteriza el quehacer histórico de Asturias en España y en América, como creadora de una nacionalidad: la que se manifiesta singularmente en lo que hemos llamado otras veces el *derecho de ser paisanos*. La obligatoriedad por la tierra, que es más fuerte y recia que la de la ley.

Se cuenta que, estando el cardenal Cienfuegos (natural de Agüerina) en Roma al servicio de Su Santidad, fue a verle un capellán de Bayo por negocios particulares, sin lograr, cansado de antesalas, hablar con él. Cuando una tarde éste pasaba en una solemne procesión, el buen cura de aldea, que la presenciaba, le grita inspirado por esa fuerza biológica rural: «¡¡Ixuxu!! ¡Viva Agüerina!», conmoviendo al cardenal

²⁴ J. E. CASARIEGO: *Exaltación y estirpe de las cosas de España* (Madrid 1943), página 229.

²⁵ E. VERDE: *Tonada incompleta* (Cuento), en el Boletín del Centro Asturiano de Madrid, «Asturias» (1953), núm. 22, p. 8.

en su más íntima fibra aldeana, pese a la universalidad que le había dado el Vaticano. Y mandó llamar al capellán a su presencia y colmándole de atenciones, le resolvió todos sus conflictos ²⁶.

Dicho ejemplo, que tiene una realidad tangible en la Asturias emigrante, expresa como ningún otro la fuerza telúrica de un *jixurú!*, donde se conjuran todos los manes de una raza, creando un poder capaz de transformar en un instante la más enérgica personalidad.

Pero los miles de obreros que atrajo a nuestro suelo la industrialización creciente de Asturias, la distinta fisonomía que, en su virtud, está tomando la aldea, y las diversas fuerzas que van aprisionando nuestro ruralismo, crean un grave peligro que amenaza los valores más firmes de una cultura y de un pueblo, al punto que el bélico *jixurú* va siendo sustituido por el grito de la locomotora minera, por el grito de guerra de la Asturias industrial ²⁷, y las descargas biológicas que aquél implicaba siguen tomando nuevamente, en la verde Arcadía de los astures, caracteres de angustioso porvenir.

J. L. PÉREZ DE CASTRO

BIBLIOGRAFÍA

- AC = LEOPOLDO ALAS, *El Quin*, en «Cuentos» (Oviedo 1953), p. 163.
 AL = ID. *Manín de Pepa José*, en *ibid.*, p. 292.
 BA = PABLO BLANCO ACEVEDO, *El Gaucho. Su formación social*. Conferencia en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el 9 de octubre de 1926, en la revista del Instituto (Montevideo 1927), t. V, núm. 2.
 BC = OCTAVIO BELLMUNT y FERMÍN CANELLA, *De vita et moribus*, en «Asturias», t. III (Gijón 1900).
 CA = CONSTANTINO CABAL, *Las costumbres asturianas. Su significación y sus orígenes. El individuo* (Madrid 1925).
 CE = ALFONSO CAMÍN, *Entre manzanos. Niñez por duros caminos* (Méjico 1952).
 CJ = JOSÉ CAVEDA; *La paliza*, en «Poesías selectas en dialecto asturiano» (Oviedo 1887).

²⁶ E. MURILLO y F. VALDÉS: *Miranda Belmonte*, en «Asturias», t. II (Gijón 1897), página 167, y la reproduce M. ROSO DE LUNA: *El tesoro de los lagos de Somiedo. Narración oculista* (Madrid 1916), pp. 403 y 404, quien equivocadamente atribuye su relato a Canella. J. FERNÁNDEZ: *Asturianos ilustres. Apuntes biográficos* (Barcelona 1900), pág. 39.

²⁷ VITAL AZA: *Propio y ajeno. Epístola a Rafael Coello*, en «Frivolidades» (Buenos Aires 1944), p. 109.

- JG = GASPAR DE JOVELLANOS, Varios textos, que cito por la selección de Joaquín A. BONET, *Asturias en el pensamiento de Jovellanos* (Oviedo 1947).
- LLA = AURELIO DE LLANO, *El libro de Caravia* (Oviedo 1919).
- JLF = ID., *Del folklóre asturiano. Mitos, supersticiones costumbres* (Madrid 1922).
- MC = CELSO MARTÍNEZ, *Cuentos y patrañas del río Navia*, en el «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» (Oviedo 1960) núm. 39, (La voz del hombre, pp. 95 y 96).
- PA = ARMANDO PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida*, en «Obras completas», t. I (Madrid 1948).
- PM = PACHÍN DE MELÁS, *Buscando quimera*, en «Pensatible» (Gijón 1926).
- PU = PUMARÍN, *Ijujú. Versos de sabor astur* (Rosario, Argentina, 1941).
- UM = MIGUEL DE UNAMUNO, *Comentarios de Unamuno. Danza prima*, en «Blanco y Negro». Cito por una hoja suelta, sin indicación de fecha.
- VA = VIAJERO ANÓNIMO, *Recuerdos de un viaje por España* (Madrid 1849).
- VJ = JUAN VILLVERDE, *La romería*, en «Asturias» (Poesías) (Madrid 1925).

